

Montero

Ya ha comenzado a oscurecer cuando el número 11 llega a la parada de la calle Urzaiz, y los pasajeros que se bajan del bus urbano sienten las primeras gotas sobre sus cabezas. Finalmente, la lluvia que se había estado conteniendo a lo largo de toda la tarde ha empezado a caer. De momento aún es poco, pero lo bastante como para hacer que, nada más poner un pie en la acera, Montero alce la mirada. Y sí, ahí están. Nubes de gris acorazado, densas y pesadas, colgadas de un cielo que ya es nocturno, oscuro y plomizo, fugazmente iluminado por el resplandor de algún relámpago a lo lejos. La tormenta se acerca y, por un segundo, al profesor le parece que el mar hubiera saltado y girado sobre sí mismo para mantenerse ahora, ingrávido, suspendido como una amenaza sobre la tierra. En cualquier momento, la mano que lo mantiene prisionero liberará sus ataduras, y todo ese mar caerá sobre la ciudad en forma de aguacero. El anciano abre su paraguas, y piensa cuánto le gustaría poder apurar el paso. Sobre todo cuando el estruendo de la primera descarga lo pone en alerta. Aunque solo es un trueno, tan lejano como el relámpago que lo ha precedido, él sabe de sobra que la tormenta pronto se les echará encima, y Montero preferiría no estar en la calle cuando eso suceda. Porque a él no le gustan las tormentas; sus huesos no se llevan bien con la humedad y, además, la ciudad se vuelve insoportablemente torpe cuando llueve.

Así que sí, el viejo quiere apurar, caminar más rápido. Pero no puede. Y no porque le falten las fuerzas... Tal vez sea un viejo profesor jubilado, pero aún es muy capaz de caminar a buen paso, a pesar de esa cojera tan molesta en la pierna izquierda, más evidente en días como este. No, el problema no es él, sino la ciudad.

Porque las calles del centro siempre se abarrotan a media tarde, y muy especialmente en estas fechas. Señor, entre la lluvia, las compras navideñas y el maldito alumbrado con el que este año el alcalde parece haber embobado a media ciudad, resulta imposible caminar sin tropezar con alguien cada dos pasos. O sin que alguien tropiece con uno mismo. De hecho, en el breve recorrido que va desde la parada del autobús hasta el cruce con la calle Hernán Cortés, Montero ha tenido que detenerse tantas veces para no llevarse por delante a alguien parado mientras hacía una fotografía con el móvil, que a él los que venían por detrás ya lo han empujado en un par de ocasiones. Aunque, si tuviera que hacerlo, juraría que el responsable del empujón ha sido la misma persona las dos veces. Lo sabe porque en ambas ocasiones le ha parecido ver el perfil del mismo paraguas, uno verde, enorme. Alguien desde luego bien torpe...

Por fin a la altura de su calle, el viejo dobla la esquina y, ya con menos gente por delante, consigue avanzar con un poco más de fluidez. Y aunque todavía no está solo, por lo menos la proporción de torpeza por metro cuadrado ha bajado más que considerablemente. Pero no lo bastante: la primera manzana de Hernán Cortés concluye en el cruce con la calle María Berdiales, y Montero se detiene al llegar al paso de peatones. Aunque ese tramo tiene mucho menos tráfico, la lluvia también vuelve despistados a los conductores, por lo que toda precaución es poca. Y a sus setenta y cinco años, un golpe mal dado... No, mejor detenerse, mirar a ambos lados y esperar. El camión que baja desde la Gran Vía todavía está lejos. Pero tampoco hay tanta prisa. Al fin y al cabo, si te lleva por delante el camión de la basura, de poco te va a servir explicarle a san Pedro que tú tenías prioridad... No, mejor asegurarse.

Montero aguarda, inmóvil ante el paso de peatones, esperando a que pase el camión que ya se acerca. Pero el tipo de atrás parece no haberse dado cuenta. Y eso que Montero juraría que se trata de la misma persona que ha venido caminando a un par de metros a sus espaldas a lo largo de toda la manzana. Pero no, el tipo ni se ha percatado de que Montero se detenía, y ha seguido andando. Tanto, que el anciano siente el empujón en su espalda.

Justo cuando el camión está pasando.

—¡Eh!

Maldita sea, a punto ha estado de perder el equilibrio y caer al asfalto en el peor momento. Pero por favor, ¿es que no lo ha visto? Malditos teléfonos móviles... Seguro que es algún idiota con las narices metidas en la pantallita. Casi lo atropellan, y todo por culpa de un imbécil que ni siquiera le ofrece una mísera disculpa. Esto no puede ser, hombre, y Montero se da la vuelta dispuesto a llamarle la atención.

Pero no lo hace.

Porque, tan pronto como el anciano profesor gira sobre sí mismo, lo único que alcanza a identificar es el paraguas. Un paraguas verde, enorme.

Desconcertado, Montero traga saliva, y por un momento ambos permanecen inmóviles, el uno frente al otro, y sin que ninguno de los dos diga nada.

Montero no puede ver quién se oculta bajo el paraguas, pero de sobra comprende, ahora ya con total seguridad, que se trata del mismo individuo que le ha empujado antes, en la calle Urzaiz. Y el instinto le advierte que lo mejor es no decir nada. Callarse, no buscar ningún enfrentamiento. Porque resulta evidente que la situación no es normal, ni mucho menos tranquilizadora, y lo más probable es que el tipo del paraguas verde sea un perturbado.

En silencio, sin aspavientos, Montero se da la vuelta y, sin decir ni una sola palabra, se decide a cruzar la calle. Mejor dejarlo ahí, alejarse de él. El profesor comienza a caminar lentamente, hasta que, por fin al otro lado, Montero observa el reflejo en

el escaparate frente a él. Y no puede evitar volver a sorprenderse. Porque al otro lado no hay nadie.

Montero vuelve a girar sobre sí mismo para comprobar que, en efecto, el tipo ya no está. Se ha ido, ha desaparecido. «Bueno» piensa, «mejor». Definitivamente, debía de ser un perturbado... Con todo, y por si acaso, el profesor se pone en marcha de nuevo, apurando el paso. Al fin y al cabo su portal ya está ahí. Ya lo puede ver, ya casi lo puede alcanzar.

Y entonces vuelve a escucharlos.

Esos pasos, los mismos pasos de antes. Esta vez no va a perder el tiempo buscando ningún reflejo, pero juraría que sí, que se trata de la misma persona, acelerando, acercándosele por detrás. Un caminar firme que poco a poco se va imponiendo sobre el suyo, hoy tan descompasado por la prisa y los nervios. Jesús, ¿qué es lo que quiere de él? Intenta disimular, mirar por encima del hombro, pero no es capaz. La lluvia ya ha comenzado a caer con fuerza. Le gustaría darse la vuelta y hacerle frente. Pero no, eso sería una temeridad, y ya no estamos para este tipo de valentías estúpidas. Solo Dios y él saben la clase de locos que hay por las calles... Mejor concentrarse en sacar la llave correcta.

Con la boca seca, Montero alcanza por fin su portal. Lo abre rápido y, tan pronto como entra, cierra a sus espaldas. Con fuerza, con decisión. Justo a tiempo para, sintiéndose por fin seguro, mirar hacia la calle y... ver cómo una mujer pasa de largo por la acera, por completo ajena a su presencia. ¡Una chica! Maldita sea. Montero exhala un suspiro, tan aliviado como cargado de reproche para consigo mismo. Por favor, el susto que se acaba de dar él solo, hombre...

Ya en el ascensor, y valiéndose de la seguridad momentánea que el trayecto hasta el quinto piso le proporciona, Montero intenta recobrar la calma. Deja escapar un suspiro largo, pronunciado. A sus años... Hay que ver, qué manera más estúpida de asustarse, hombre.

El ascensor se detiene en su planta, y mientras Montero abre la puerta de su apartamento, vuelve a pensar en lo ocurrido. La calle abarrotada, la ciudad torpe, las bolsas de las compras...

Y esas malditas bombillitas de colores, que nos vuelven a todos un poco idiotas. Solo han sido un par de empujones, y él ya se ha puesto nervioso. Bueno, eso y el tipo del paso de peatones. Pero ¿por qué?, ¿qué es lo que ha sucedido? Porque, pensándolo bien... A ver, la posición del paraguas ni siquiera le permitía verle las manos. Lo más probable es que, fuera quien fuese, estuviera tan embobado con el puñetero teléfono móvil que ni siquiera se hubiese dado cuenta de lo que había pasado. Y pensar que a punto ha estado de montar un numerito en la calle. Al fin y al cabo, tal vez sea eso, que se está convirtiendo en un anciano cascarrabias, un viejo gruñón y asustadizo.

Aunque, a decir verdad, en el fondo Montero todavía no las tiene todas consigo. ¿Y si...? «No, mira, mejor comprobarlo.»

Con las luces apagadas, amparado en la falsa sensación de seguridad que le proporciona la oscuridad de su propio piso, el viejo profesor avanza por la sala de estar hasta detenerse junto a una de las ventanas que dan a la calle. Y observa con discreción, buscando un paraguas verde allá abajo. «Un paraguas verde», piensa. Como si se tratara de algo tan especial... ¿Cuántos paraguas verdes habrá en la calle, en la ciudad, en el mundo? ¿Pues cuántos va a haber? Muchísimos.

—Muchísimos, sí —concluye en voz alta mientras acecha la calle allá abajo, todavía resguardado en la penumbra de su apartamento.

Montero permanece inmóvil junto a la ventana, contemplando el fulgor de la ciudad. Ahora sí, el cielo descarga con fuerza, y la tormenta se desata sobre la ciudad mientras, con la cara pegada al cristal, el profesor siente el impacto de la lluvia al otro lado. A Montero nunca le han gustado las tormentas, pero no puede apartar los ojos de las descargas, todos esos rayos iluminando el cielo sobre la ría. Y hace mal, porque, si en lugar de mirar hacia el exterior se diese la vuelta, con la luz del último relámpago podría ver, con toda claridad, la silueta del hombre que ahora mismo se recorta a su espalda.